

Guatemala llora y se lamenta

Angel García-Zamorano



El día 1 de octubre, en horas de la noche, un cerro colapsó y se formó un alud que con violencia y estrépito sepultó 125 viviendas en la aldea El Cambray II (Sta. Catalina Pínula). Se calcula que en ellas habitaban unas 700 personas. Nadie lo sabrá nunca exactamente porque familias enteras quedaron soterradas bajo millones de toneladas de tierra y arena y no quedó nadie para decir cuántos miembros las formaban. Son los que en la improvisada morgue figuran como “desconocidos”.

Lo primero que se rompió el silencio en aquella noche de terror, fueron los gritos de dolor y rabia de los sobrevivientes y familiares de las víctimas. De dolor, porque el alud arrasó muchas vidas y golpeó inmisericorde a los que sobrevivieron; y de rabia, porque la sociedad les había condenado a vivir en este lugar de muerte. Lloraban des-



consolados a sus seres queridos y vecinos sepultados bajo muchos metros de tierra, con quienes habían compartido la vida dura que llevaban, la marginación a que les había condenado la sociedad, y sus esperanzas de un futuro mejor para sus hijos.

Y después, se oyeron muchos lamentos vacíos de una población indiferente al dolor ajeno, sin sensibilidad, que descarta y desecha. Quizá alguien diga que esto es exagerado, que toda Guatemala se ha conmovido y solidarizado con las víctimas. Es cierto. Hay momentos en los que no cabe ninguna excusa. Pero los lamentos siempre



llegan tarde y de nada sirven. En vez de lamentos, ¿no estaría mucho mejor un poco más de sentido social para evitar estas tragedias?, ¿que la inmensa riqueza que tiene y genera este país, tan bendecido por la naturaleza, estuviera mínimamente distribuida para evitar estas catástrofes? Guatemala tiene espacio y recursos para que todos sus habitantes vivan con dignidad. ¿No es contradictorio lamentarse y estar al mismo tiempo pensando en “ampliar los graneros”, mientras hay tantos Lázaros a quienes ni siquiera les llegan las migajas que caen de la mesa de los “epulones” actuales? (cf. Lc 12,13-21; 16,20-25)



¡Qué ironías suceden! La Municipalidad de Santa Catalina Pinula ofreció ataúdes para enterrar a las víctimas que van apareciendo debajo de toneladas de tierra. ¿No hubiera estado mejor que en vez de ofrecer ataúdes para enterrar a los muertos, ofreciera generar vida y poner los medios para evitar todo aquello que pueda ocasionar entierros colectivos? Y la bandera nacional tiene que estar on-

deando a media asta durante tres días en señal de duelo. ¿Por qué guardar luto cuando ha sido la misma sociedad la que ha condenado a morir a los habitantes de El Cambray?

¿Será que hay que desplegar banderas para ocultar la culpabilidad detrás de ellas? ¿Por qué lamentar a los muertos quienes les han condenado a morir antes de tiempo?

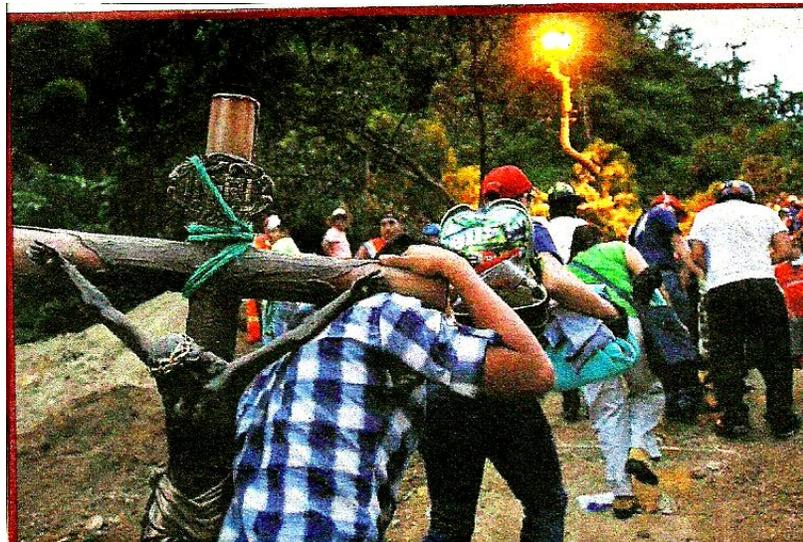


Los lamentos no sirven de nada. Las lágrimas son expresión del dolor por las heridas que han dejado abiertas los muertos y desaparecidos. ¿Será correcto juntar lágrimas y lamentos? Las lágrimas brotan por el dolor sufrido y la dignidad herida. Los lamentos, de ordinario, de la insensibilidad que, como cualquier emoción, desaparece pronto para dejar lugar a otros lamentos inútiles. Prueba de ello es que hace exactamente 10 años (5.10. 2005), el

cantón Panabaj (Santiago Atitlán, Sololá), fue soterrado por el deslave del volcán Tolimán y de nuevo vuelve a ocurrir lo mismo. Nos alarmamos e indignamos, pero enseguida la tragedia queda en el olvido.

Mientras tanto, los pobres -con lágrimas, no con lamentos- siguen socorriendo a los pobres haciendo llegar a los sobrevivientes ropa, comida, ayudando a enterrar a los muertos, colectando unos centavitos como la viuda del evangelio (cf.Lc 21,2-4) para que alguno de los sobrevivientes pueda rehacer su vida. Pero nada de esto puede evitar otra tragedia semejante porque no queremos una transformación a fondo que lo impida. ¿Dónde están los que pueden realmente resolver el problema? Desaparecidos, pero no bajo tierra.

Los relatos de los sobrevivientes y familiares de las víctimas, rompen el alma. El abuelito Ismael Estrada Reyes cuenta que perdió a 14 nietos que estaban juntos celebrando el Día del Niño; Juana Pineda narra entre sollozos que perdió a sus 10 hermanos y a sus papás; la familia Pú reportó 21 soterrados. Niños que se han quedado solos y que irán a engrosar los “niños de la calle”, jóvenes a quienes el estruendo del cerro cuando cayó ha trastornado su vida. A esto se añade decenas de personas esperando entrar en la morgue para identificar a sus muertos.



Hemos contemplado con sobrecogimiento escenas que hablan más que los relatos, como la de quien logró recuperar de su vivienda desaparecida un gran Cristo negro de Esquipulas y lo sacaba cargado en sus espaldas entre la arena y piedras desprendidas de la montaña. Es el símbolo de la cruz que han tenido que llevar sobre sus hombros los vecinos de Cambray, a la que Jesucristo también une la

suya, como expresión de la gran injusticia social que se está cometiendo contra ellos y está condenando a muchos a la muerte, como le ocurrió a él; es manifestación de Jesucristo que ha querido hacerse presente en el lugar de la tragedia para juntar sus gritos y sus lágrimas en la cruz, con los de la aldea El Cambray. Es el signo del pecado de una sociedad dividida que margina, ajena a las tragedias que se van sucediendo cada día y otras de vez en cuando. Pero a las de cada día, niños con hambre, pilotos de camionetas asesinados, extorsiones originadas por el hambre y la pobreza, ya estamos acostumbrados. Ha tenido que venir esta catástrofe para ver si reaccionamos. ¿Lo haremos?

La tragedia de El Cambray me recuerda la escena que vivió el escritor húngaro Elie Wiesel en un campo de concentración nazi. Atónito, vio a dos adultos y un niño que acababan de ahorcar. Los adultos ya no vivían. El niño, muy liviano, vivía aún colgado de la soga. Detrás de él alguien preguntó: “¿Dónde está el buen Dios, dónde está?” Y alguien que estaba presente en esa aterradora escena contestó: “Ahí está colgado de esa horca...”

También en El Cambray Dios está en la aldea soterrada, en los rostros desfigurados por el dolor que buscan afanosamente entre toneladas de tierra a sus seres queridos, en los entierros colectivos, en quienes la sociedad seguirá descartando para que puedan acceder a una vivienda digna en un lugar seguro. El alud fue trágico, pero la desigualdad más, y es lo que hace que estas catástrofes sigan sucediéndose. Jesucristo grita para que abramos los ojos, nos estremezcamos y digamos “nunca más”.

Y enseguida, para justificar esta tragedia y masacre social, no faltan quienes buscan razones donde no las hay: que si la lluvia, que si el terreno era de alto riesgo y ya estaban advertidos, y otras por el estilo. Pero, ¿quién aduce estas razones?,



¿por qué? Decía Mons. Romero que la culebra solo pica al que va descalzo. Y aquí podemos decir algo semejante. Estas catástrofes naturales solo ocurren porque detrás de ellas y como causa de ellas, hay una “crisis social”, como afirma el Papa Francisco. El “vacío del corazón” hace a las personas “autorreferenciales” y “aisladas”, lo cual trae consigo la necesidad de “objetos para comprar, poseer y consumir”. Y desaparece del “horizonte un verdadero bien común” (LS 204). Cualquiera diría que este párrafo lo ha escrito pensando en nuestro país. Jesucristo lo dijo más breve: Estas catástrofes naturales y humanas, ocurren “por la dureza de vuestro corazón” (M c 10,5).

La pregunta fundamental es, ¿aprenderemos? Desgraciadamente, la respuesta tiene que ser negativa mientras haya gobiernos, personas e instituciones que usurpan los bienes que pertenecen a los pobres; mientras haya lamentos superficiales e infructuosos que



no son solidarios porque esconden la causa del dolor y lágrimas a que está condenada la mayor parte de la población. Queremos que estas catástrofes no sucedan, pero no queremos cambiar un sistema que produce pobreza, marginación y desigualdad; que produce tragedias y catástrofes como la del Cambray.

Guatemala, 5-10-2015